

País

Sacharoff - Subirachs

Hoy se inaugura la Galería Sacharoff; está anclada en la parte alta de la ciudad. Sospecho que no se propone ser otra del montón, sino distinguirse por su línea y personalidad.

Me decidí visitarla porque el nombre suponía para mí un reencuentro sentimental con Sacharoff, aquella sensible pintora rusa que quiso vivir la mitad de su larga existencia en Barcelona y que tan entrañable amistad anudaron ella y su esposo Otto Lloyd con mis padres. Y también un reencuentro artístico con Subirachs, el artista que más esculturas tiene en lugares públicos y que tan remiso parece de un tiempo a esta parte en cuanto se trata de mostrar obra reciente.

Arriba la treintena de piezas, de formato medio la mayoría, se exhiben en la menuda sala, en la que consiguieron crear una nada fácil atmósfera intensa y acogedora.

Sea con el metal y la piedra, sea con la escultura y la pintura, Subirachs depura temas que hace años le obsesionan o experimenta en la práctica ideas que siempre le bullen en la mente. El contraste y la relación entre positivo y negativo o entre varón y hembra; el sutil atractivo del erotismo y la meditación sobre la fecundidad; la magia de la vida y la fatalidad de la muerte; la combinación de espejos que completan un rostro o incorporar el del espectador; los hieráticos perfiles combinados con materiales cálidamente trabajados; todo eso está ahí bien patente.

Me hallaba enfrascado en la contemplación cuando inesperadamente arribó Subirachs. Hacía tiempo que no nos veíamos. Tuvo la deferencia de comentarme con detalle lo expuesto. Mientras él hablaba, yo, sin perder el hilo de la exposición, observaba tanto al hombre —los años parecen no haberle pasado, y conserva los gestos, los ademanes tan característicos cuando entra en tensión para abordar el tema artístico— como algunos elementos esenciales y tradicionales en la obra —plantilla de curvas, torsos, plomadas, pubis-árbol, seno-cartabón, testas, referencias culturales—, y por unos instantes experimenté la sensación misteriosa de que estábamos, igual que hace ya una buena quincena de años, enzarzados en el comentario de sus esculturas. Realmente me pareció que el tiempo se había como fosilizado. — Lluís PERMANVER.